

Ruina triste y silenciosa
 Gozaba en sus soledades.
 Por las mañanas—¡Si vieras!...—
 Al rayar el deslumbrante
 Primer brote de luz virgen
 El fondo del lapislázuli
 Del horizonte, salían,
 De los frisos y arquitrabes,
 Del gótico campanario,
 De las alas de los ángeles,
 De los muros cincelados,
 Del nicho de las imágenes,
 Los pájaros, en bandadas
 Bulliciosas y cantantes.
 Y cuando el sol encendía
 Sus vivos arcos triunfales
 Tras las montañas borrosas
 Y las nieblas del paisaje,
 En las rotas columnatas,
 En los torcidos pilares
 En las truncadas agujas,
 En los huecos de las naves,
 Brillaban—hechas de átomos
 Inquietos y centellantes—
 Sutiles gasas de oro
 Como jirones de chales.

IV

¡Ah! No está sola la iglesia;
 Hay creyentes como antes;
 ¿No ves cuántas charladoras
 Golondrinas en el ábside?
 Son las monjas de este templo...
 Los gorriones son los frailes...
 En las guirnaaldas de piedra

Hay muchos nidos
 Y salen
 De las negras hendeduras
 En cortinas de follaje,
 Las moradas campanillas,
 Las caléndulas salvajes,
 Los jacintos de alabastro,
 Los bermejotes tulipanes,
 Las margaritas silvestres,
 Y, bordando el cortinaje,
 A trechos—manchas de púrpura—
 Los mirtos color de sangre,
 Y las felpas de los musgos
 Verdinegros y joyantes,
 Festonean los contornos
 Con tapicerías árabes,
 Que parecen desgarradas
 A los impulsos del aire
 En calados rosetones
 Y tréboles colosales.
 ¡Ah! La iglesia no está sola;
 Hay creyentes como antes:
 Es la misa de las flores;
 ¿No ves cómo los rosales
 Por la tosca escalinata
 Extendieron sus ramajes?
 Suben, suben en tumulto:
 Son devotas matinales,
 Religiosas campesinas;
 Van al templo... Ya es muy tarde!
 Las violetas han llegado
 Hasta el coro, y columpiándose,
 Hacén de cada corola
 Un incensario fragante.
 Los claveles han erguido
 Sus pompones, en falanjes,

Las ortigas ornamentan
 El ara de los altares,
 Y la amapola que tanto
 Cuida el raso de su cáliz,
 Se asoma entre el espinoso
 Laberinto de zarzales.
 Es la misa de las flores...
 Hay procesión: un enjambre
 Tornasolado, intranquilo,
 De libélulas errantes.
 La yerba, menuda y verde,
 Se inclina... Ofician las aves...
 ¡Ah! la iglesia no está sola
 Hay creyentes como antes.
 La tristeza halla consuelo;
 Y aquella ruina gigante,
 Llena de antiguas memorias
 Y de eternas soledades,
 Medita:—¡Oh Naturaleza,
 Eres madre, buena madre!

V

¡Pero qué triste te pones
 Templo en ruinas, por las tardes;
 Cuando se duermen los pájaros,
 Las flores cierran sus cálices,
 Y las parásitas negras
 De las bóvedas, pintándose
 Sobre el Ocaso, parecen,
 Inmóviles, rectas, grandes,
 Como fúnebres airones
 De cimera de gigantes!
 Largo, horizontal y débil,
 Fatigado del viaje,
 Como un venablo de oro,

Llega a prenderse un instante
 En la cruz del campanario
 Que al cielo sus brazos abre,
 Un rayo; ¡el último aliento
 De la luz agonizante!
 ¡Tornad, como siempre, frías,
 Sigilosas, impalpables,
 Oh tinieblas, las calladas,
 Las traidoras, las constantes!
 ¡Tornad! Y la triste iglesia
 Medita: «¡Oh Dios! ¡Cómo arden
 Las estrellas! ¡Qué infinita
 Fulguración de diamantes!
 Es una capilla ardiente
 El espacio... ¡Qué millares
 De lámparas en el cielo!
 ¡Qué transparencia en los aires!
 ¡Ay! ¡Si viniera algún astro
 En mis sombras a clavarse!
 ¡Ay! ¡Si alumbraran mis sombras
 Sus trémulas claridades!»

VI

Una noche de diciembre...
 ¿Cómo fué? ¡Nadie lo sabe!...
 Noche fría, tanto, tanto,
 Que en los cielos radiantes
 Las estrellas derramadas
 Como lluvia de azahares,
 Temblaban... Y llegó solo,
 Triste y solo, el caminante.
 Entre las hojas de espino
 De un capitel, que volcándose
 Sobre la yerba del suelo
 Era un vaso de follajes,

Colocó el bordón nudoso,
 Siguió luego hacia adelante,
 Trepó por la escalinata,
 Cruzó el pórtico. Las aves
 Cuchicheaban: — ¿Quién viene?
 ¿Es un Santo? ¿Es una imagen
 Desprendida de su nicho?
 No; es un hombre.

El caminante
 Se borró, al fin, en el fondo
 De las sombras impalpables.

VII

.....De repente, crujió el templo
 Y relámpagos fugaces
 Cruzaron la sombra, como
 Luminosos estandartes.
 ¡Y se hizo el milagro! El pórtico
 Se alzó, severo y triunfante,
 Se completaron los muros,
 Y se irguieron los pilares,
 Y se abrazon los arcos,
 Y se combaron las naves.
 La arquitectura gallarda,
 Esbelta, elegante, ágil,
 En una ascensión gloriosa
 Fué elevándose, elevándose,
 Hasta clavar sus agujas
 En el zafir! — Ni un detalle
 Perdió: ni santos, ni reyes,
 Ni en la ojiva, los cristales,
 Ni en las guirnaldas, las hojas,
 Ni en los muros, los encajes,
 Ni en las piedras, las aristas,
 Ni las vetas en los mármoles.

Hasta la herrumbrosa máquina
 Del reloj, pausada y grave,
 Comenzó a seguir el tiempo,
 Grano a grano, instante a instante.

VIII

¡Cuánta luz en la tallada
 Cancela!... ¡Qué! ¿Viene alguien?
 A lo lejos un reguero
 De antorchas inunda el valle.
 Y en el bosque espeso y hondo,
 Aquí y allá, entre los árboles,
 Van picando la tiniebla
 Llamas rojas y brillantes.
 Todo vive: la campana
 Se balancea en los aires...
 ¡Acudid, almas en pena,
 Que la misa va a empezarse!
 Y en literas, en corceles,
 En masa, por todas partes,
 Llegan nobles y plebeyos,
 Las princesas, los infantes,
 Pecheros y campesinos,
 Los obispos, los abades.
 Suben por la escalinata;
 Pasan la cancela: invaden
 El templo... Se oye que grita
 La multitud anhelante;
 Quiere entrar, y no es posible
 Que penetre; ya no cabe.
 Y por dentro..... ¡cuántos cirios!
 Constelaciones radiantes
 Que incendian los arabescos,
 Hacen ascuas los altares,
 Ponen flecos amarillos

A las columnas en haces,
 E incrustan de pedrerías
 Los ornatos de las naves.
 Los candelabros de plata
 Chispean... ¡Cuántos arranques
 De inesperadas fulgencias
 Ciegan, en torno del ábside!
 ¡Qué vívidas colgaduras
 En los áureos barandales!
 ¡Qué floridos ornamentos!
 ¡Qué matices! ¡Qué contrastes!
 Y abiertos en los atriles
 ¡Cómo albean los misales!
 La muchedumbre se agita,
 Se encrespa, ondula, combate,
 Como las aguas de un río
 Que sienten estrecho el cauce
 Y desesperadas bullen
 Hasta saltar por las márgenes.
 Todo brilla y resplandece:
 La seda de los briales,
 El brocado de los palios,
 El oro de los collares,
 Las dalmáticas de púrpura,
 Los joyeles de brillantes,
 El terciopelo de oscuros
 Reclinatorios, y el traje
 Heráldico y recamado
 Del ejército de pajes.
 La procesión se adelanta.
 Cruzan, lentos, los ciriales,
 Los incensarios voltean,
 El humo borda los aires;
 Rompe el órgano en sonoras
 Armonías celestiales...
 La multitud se arrodilla,

Pasan obispos y abades,
 Y toca en el campanario
 La gozosa, la incansable:
 ¡Acudid, almas en pena,
 La misa va a terminarse!

IX

¡Cantó el gallo! Surgió el alba.
 Y la lluvia de azahares,
 Se diluyó en las azules
 Invioladas claridades!
 Llegó el céfiro, el heraldo,
 El que despierta a las aves,
 El que derrama en la hierba
 A puñados, los diamantes;
 Y el milagro de los sueños,
 La orfebrería elegante,
 De un solo golpe se hunde,
 Se rompe, se vuela, cae,
 Se esfuma, se desvanece,
 Y se borra y se deshace.
 Y en las rotas columnatas,
 En los torcidos pilares,
 En las truncadas agujas,
 En los huecos de las naves,
 Brillaron — hechas de átomos
 Inquietos y centellantes —
 Sutiles gasas de oro
 Como jirones de chales...

X

Cuando el sol trazó en el cielo
 Sus vivos arcos triunfales
 Tras las montañas oscuras

Y las nieblas del paisaje,
Salió de la iglesia el triste
Misterioso caminante,
Tomó en las manos el seco
Nudoso bordón de viaje,
Y se alejó entre las brumas,
Y se perdió entre los árboles.
Quedó la ruína sola,
Con sus flores y sus aves...
Una noche de diciembre...
¿Cómo fué? ¡nadie lo sabe!

XI

¡Cuento azul! sencillo cuento
De los tiempos medievales!
Te pareces a mi vida,
Te pareces a los lances
De mi amor... ¡Se te parecen
Tantas historias vulgares!
¡Oh mi romántica! Mírame
Profundamente; que radien
En tus pupilas de ónix
Las arenas de diamante!
¿Lo conocías? ¿Te agrada?
¿Lo he contado bien?... Pues dame
Tus manos, quiero tenerlas
Un instante, ¡un solo instante!
Me siento dichoso cuando
Con la mirada me aplaudes.
Dime: ¿Es cierto que está en ruinas
Tu corazón? ¿Que no late?
¿Que están los nichos vacíos?
¿Que se han caído los ángeles?
¿Y que cantan los recuerdos
Alguna vez—fieles aves—

Y que las flores marchitas
De tu ternura se abren,
Si en tu nublada memoria
Brilla el sol de otras edades?
...Mi amor llegó: el taumaturgo,
El buen mago, el nigromante,
Hasta ese templo. Caía
La noche de los pesares.
Se acercó triste y cansado,
—¡Fué tan penoso el viaje!—
Y en medio de las ruínas
Gritó: ¡Que asciendan las naves!
¡Que resplandezcan los cirios!
¡Que se adornen los altares!
Corazón: vive y palpita;
Soy el que esperabas: ¡ámame!
Mira: llegan en tumulto,
Fatigados, anhelantes,
—Dolientes almas en pena
Que de su sepulcro salen—
Ambiciones, esperanzas,
Y delirios, y ansiedades,
Las más nobles, las más ricas,
Las más bellas, las más grandes
Ilusiones—las princesas—
Y los ensueños—¡los pajes!
¡Oh hermoso templo! Al conjuro
De mis deseos levántate...
Mi felicidad te invoca...
Va a amanecer!... Es muy tarde!...
Y mi amor, el taumaturgo
Llama, y no contesta nadie...
Y se pone de rodillas...
¡Y el milagro no se hace!



PUESTA DE SOL

Por la calle solitaria
cuyo término confuso
vagamente se deslía
en el oro del crepúsculo,
silencioso y pensativo
como siempre, voy sin rumbo
enhebrando fantasías
en el aire azul y puro.
Tranquila está la barriada,
los talleres están mudos,
no se ven las chimeneas
empenachadas de humo,
y, a lo lejos, de las fábricas
salen, alegres, los últimos
obreros que se atropellan
en caprichoso tumulto,
y cuyas blusas azules
borda el sol de hilos purpúreos.

Yo, callado y pensativo
como siempre, voy sin rumbo.

Mas, de pronto, me detengo,
mis quimeras interrumpo
y las vanas fantasías

del pensamiento sacudo,
para ver curiosamente
a dos chicuelos: un grupo
adorable, que cabría
en una canción de Hugo.—
Él la llama, y ella acude,
se hablan bajo, y así juntos,
siéntanse en los escalones
del portón, al pie del muro;
y en una seriedad cómica,
ella grave y él adusto,
principia la confidencia
más deliciosa del mundo.
¡Oh viejo pintor de niños
que andas en busca de asuntos!
mira: la luz pone toques
divinos a este conjunto.
En el fondo, de sillares
ensalitrados y húmedos,
rojos y recién lavados
por la lluvia, se ven puntos
de tan diversos matices
— vivos, opacos, oscuros—
que, en el polícromo ambiente
de tonos suaves y crudos,
la pared arlequinesca
que, a trechos, ornan los musgos,
parece lienzo manchado,
traviesamente, con grumos
de color.—Una parásita
en los ladrillos desnudos
hinca su ramaje como
los tentáculos de un pulpo;
y entre la maraña verde
un jugetón rayo súbito
en cada gota de lluvia

prende un rubí diminuto.
Y en la fantasmagoría
de la luz, que hace del muro
inconcebibles mosaicos
y deslumbrantes estucos,
los dos muchachos semejan,
—en medio de tanto lujo—
dos príncipes del oriente
en espera de sus súbditos.

Qué tocado de diamantes
en el ceniciento rubio
del cabello de la niña!
¡Qué reluciente y qué fúlgido
el toisón que arde en el pecho
del rapaz! ¡y qué conjunto
de áureas telas y tisúes
sobre los harapos sucios!
¡Oh buen sol, hábil joyero,
sol de Abril, sol moribundo!
¡Andrajosa reinecita
que vistió la luz; y cuyo
corpiño de resplandores
cubre el talle y ciñe el busto!
¡Duquesito del arroyo,
Buckingham que el cielo tuvo
a bien ataviar con sedas
y brocados del crepúsculo!
Tú, ¿qué cuentas? Tú, ¿qué oyes?
Tú, ¿la grave? Tú, ¿el adusto?...
Yo me acerco poco á poco
y curiosamente escucho.

La barriada está tranquila;
los talleres están mudos.

¡Bien, muchacho!—Fuiste al bosque

y corriste mucho, mucho,
y flores y mariposas
la traes... ¡lindo tributo!
Tu gorra de saltimbanco
—hecha una criba— es refugio
de caléndulas, de lirios,
y de rosas, donde, ocultos,
se agitan entre los pétalos
los cuerpecitos convulsos
de las pobres mariposas
heridas. Hundes los puños,
y narrando tus proezas,
alzas, con heroico orgullo,
tu presente de perfumes
y de alas... Y el tributo,
va cayendo, va cayendo,
del aire sereno y puro
a la falda de la niña
que oye con asombro mudo,
la historia de tu aventura,
mientras fijos en un punto,
miran cosas invisibles
sus ojos meditabundos.

Cuando mi presencia notan,
ella inquieta, y él ceñudo,
parecen decirme:—¡vamos,
nos estorbas, vete, intruso!
Y yo me alejo sin pena
porque dejar solo es justo
a Buckingham de siete años
con Ana de Austria de un lustro.
Y pienso: Yo también tuve
aventuras, y dí muchos
presentes de alas y flores,
y fuí amado y tuve orgullo.

Dí ilusiones, esperanzas,
fe, ternuras, con el único
placer de posar los labios
en unos cabellos rubios.
Un coloquio de chiquillos
fué mi amor...

Y taciturno,
solitario pensativo
como siempre, voy sin rumbo
por la calle silenciosa
cuyó término confuso
vagamente se deslíe
en el oro del crepúsculo.



Voces clásicas

(1897-1898)

A Balbino Dávalos



DESDÉN

La lluvia de mis besos ha caído
En su busto de mármol. Poco a poco,
Entre mis brazos, ebria por el loco
Vértigo del amor, halló el olvido.

Su boca, roja y húmeda, fué nido
De mis calientes ósculos, y lleno
De amorosos cansancios, me he dormido
Sobre la tibia nieve de su seno.

Pasa, imbécil, y mírame: tu necia
Mirada no me irrita: en los festines
De mi risueña juventud un día
Yo bebí en esa crátera de oro
El vino del amor... ¿Quedó una gota?...
Apúrala, que no me das agravios
Aunque orgulloso y vano te embeleses,
¿La ves?... Pues dondequiera que la beses
Has de besar la huella de mis labios.





PLEGARIA

Que un cuerpo de Bacante, tibio y blanco,
mi amor impuro encuentre,
de recias carnes y flexible flanco,
anchas caderas y macizo vientre.

¡Oh amor impuro! Para ti, que el grueso
rubí caliente de la boca se abra,
a confundir en el convulso beso
el suspiro, la risa, la palabra.

Que húmedas brillen las pupilas, llenas
de languidez tras el encaje obscuro
de las pestañas, implorando obscenas
caricias locas a mi amor impuro.

Que en los senos, de albura nacarada,
se yerga, rojo y alto, el pezón breve,
como rosa de púrpura clavada
en un alcor de nieve.

Que venga hasta mi alcoba, de improviso,
el mármol hecho carne; que del friso
las figuras eróticas se muevan;
que torne el alma a la escultura inerte,
y que sienta en mi sér que se renuevan
las juveniles ansias.

Que la muerte
me sorprenda, en un grito de entusiasmo

—ya libre del dolor y de la duda—
en el supremo instante en que el espasmo
mis miembros y mi espíritu sacuda.

¡Materia, vieja madre! Estoy rendido
de ir tras el Ideal; búscame un nido
donde sacie mi ardor sus devaneos,
la idea y el dolor me han consumido
y ya sólo me quedan los deseos.

Que del templo en el pórtico distante,
en éxtasis profético, los sabios
mediten; yo a ti vuelvo, hijo constante,
con un verso de Ovidio entre los labios:
Sé compasiva...

Quiero una Bacante...!



Rimas fráigiles

(1895-1898)



UN DELIRIO DE COLORES

Mientras que la fiebre me arrulla y me abrasa
y rompe quimeras en mi fantasía,
como en sueños oigo la tropa que pasa
bajo el entreabierto balcón de mi casa
que inundan los claros fulgores del día.

La marcial *fanfarria*, cantando victorias,
suspende en mi cuarto la paz y el misterio,
y entre mis delirios sacude memorias
de antiguas lecturas de viejas historias
y cuentos heroicos del Primer Imperio.

Un brutal y rudo vértigo arrebatada
mi mente, y al ruido del paso sonoro,
sueño en la bandera—visión escarlata
que va entre los sables—espigas de plata
y entre los clarines—corolas de oro.

Por el horizonte que en tinieblas hierve
cruza un caballero de blanco bridón,
y súbita flama, me deja que observe
por bajo el sombrero bicorne, el imberbe
y ceñudo rostro de Napoleón.

Festival de luces! Se viste de gala
mi cerebro, todo cambia de figura,
se agita, chispea, y bulle y resbala
por el fondo ardiente de luz de bengala
del caleidoscopio de mi calentura.

Baten los tambores su marcha sonora
en tanto que el loco pensamiento mío,
sus extravagancias alumbra y decora
y teje y desteje la multicolora
tela deslumbrante de mi desvarío.

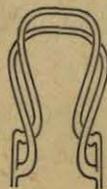
Sobre rotos iris efímeras flores
sus pétalos juntan en el aire leve,
y caen, orlados de vivos fulgores,
en la pirotecnia de los resplandores
jacintos purpúreos y rosas de nieve.

De improviso, el juego febril se desploma
y queda un gris turbio de cielo de lluvia,
donde, precedida de luz y de aroma,
cual rompiendo un aro de papel, asoma
tu funambulesca cabecita rubia.

Cuando me sonrío, risueña y traviesa,
con el dulce gesto de una Colombina,
parece que un dardo de luz me atraviesa
y siento que unos labios de frambuesa
en mi boca ponen humedad divina.

Y te vas, y entonces que vuelvas suplico,
y apareces como fina miniatura
pintada en el raso de un ocre abanico
que se abre y se cierra, luminoso y rico,
entre los colores de mi calentura.

Y mientras la fiebre me arrulla y me abrasa
y rompe quimeras en mi fantasía,
como en sueños oigo la tropa que pasa
bajo el entreabierto balcón de mi casa
que inundan los claros fulgores del día.



**Canciones de amor
y de tristeza**

(1904-1910)



ORACIÓN PAGANA

I

Torno de nuevo a tí, Madre Ironía,
más cansado, más triste, más dolido,
más débil; a tí vuelvo, sostenido
en el hombro de la Melancolía.

Abandoné tu culto, Madre mía,
y me estrujó el dolor, me hirió la duda,
y se manchó de cieno la desnuda
belleza escultural de mi alegría.

La tierra, el cielo, el sol, todo reía
alrededor de mi existencia; el mundo
—visión de encantos y de ensueños—era
como una hirviente nube de armonía
que alzaba en los espacios el jocundo
cántico de la vida en primavera.

Y pusiste en mis labios la ambrosía
—fragante miel de rosas—
de tu elocuencia. Y me orientaste hacia
el camino de la sabiduría
que penetra en los seres y en las cosas
el divino misterio de la Gracia.

¿Qué fué, Madre, sin tí, mi poesía?
Un doloroso verso,

una lágrima, un grito de agonía,
 porque sin tí, mi Madre, el Universo
 es una inmensa seriedad vacía.

He sacudido el polvo de la vía
 de mis sandalias. Madre, aquí me tienes;
 ya arranqué de mis sienes
 el pálido laurel de la Elegía.

Dame el dardo de oro,
 para clavar, convulso, al sufrimiento;
 dame el clarín sonoro
 que convocá al placer; dame tu aliento
 para secar mi lloro.

Mi frente está sombría;
 alúmbrala de nuevo con tu llama,
 y en el mustio jardín del pensamiento,
 vuelen la mariposa del contento
 y la abeja sutil del epigrama.

Haz en mi noche el día
 milagroso y amado
 de la jovialidad, Madre Ironía,
 que, más triste, más débil, más cansado,
 para llegar a tí, vuelvo apoyado
 en el hombro de la Melancolía.

II

Y la diosa me dijo,
 inclinándose a mí, dulce y serena,
 desde su altar:

«Te compadezco, hijo,
 »y no podré salvarte; tienes llena
 »el alma de amargura,
 »y has enturbiado la corriente pura
 »del candor, con el limo de la pena.
 »No te puedo salvar, pobre criatura.

»—El mal es triste; mas la vida es buena.—
 »Es inútil que esperes,
 »seco arenal, un hálito de brisa.
 »Corazón sin amor, ¿para qué quieres
 »que te dé mi sonrisa?
 »Se fué tu juventud, me fuí con ella;
 »llegó la sombra y se apagó la estrella.
 »Sufre; y que nadie tu secreto ahonde,
 »fruto podrido, ten brillante cáscara;
 »como un devoto de mi fe, responde,
 »y a la malicia y a la burla esconde
 »tu gesto de dolor... Toma una máscara».

1908

